

IDEOLOGIAS Y PARTIDOS

EMPECEMOS por reconocer un hecho palmario en estas elecciones: partidos políticos, lo que se dice partidos políticos, no hay más que uno organizado, y es el PCE. Los demás, por no tener clara la parte del electorado del que pretenden obtener el voto, se presentan con una ideología difusa, en que, por ejemplo, el socialismo ya no es proletario, quiere apelar a las clases medias, y en esta búsqueda de votantes se desdibuja lo que sería normal que se considerase como la ideología propia de un partido "de clase". Esto se podría decir también del PCE, sólo que al haber mantenido en la clandestinidad unos cuadros de líderes activos, al menos en punto a organización no han partido de cero. De cero han partido todos los demás en este punto de la organización: falta "maquinaria" de partido, o si se quiere, burocracia de partido; sin ella es inútil pretender luchar en una campaña electoral moderna. A lo más que llegamos es a partidos de la oportunidad (ojo, que no utilizo la palabra "oportunistismo"). A lo que me refiero es al alto grado de improvisación con que, ante la oportunidad de las elecciones, se han presentado formaciones políticas todavía inmaduras o, lo que es peor, dudando afanosamente en busca de quién podrá ser el español que los vote. De esta clasificación de partidos de la oportunidad no excluyo ni siquiera al PCE. Pero lo peor no es que no haya partidos organizados, lo cual puede requerir un tiempo del que no han dispuesto; lo peor es que no tengan una clara definición ideológica desde la cual articular un programa coherente.

Para ello sí han tenido tiempo. Pero asistimos, en estas elecciones, al "travesti" político, sobre todo en los partidos de izquierda, que consiste en camuflar las exigencias propias de su ideología en planteamientos de los que se suelen considerar como "moderados"—todo el mundo quiere aparecer como moderado—, ocultando sus verdaderas metas e intenciones. Al menos eso es lo que se desprende de la lectura de sus inconcretos y contradictorios programas.

AHORA bien, y es un "contra" de los que me propongo analizar, la Unión del Centro Democrático aparece como la coalición—en contra de lo que se dice—de tres ideologías perfectamente claras en todo el mundo occidental: los liberales, los social-demócratas y los demócratas cristianos. Estas ideologías están perfectamente definidas en todos los países de la Europa occidental y no tienen en España caracteres diferentes de los que tienen en esos países. No tienen que camuflar nada ante el electorado, porque saben claramente que se dirigen a una parte de la población—las capas medias, que son la mayoría—, y no tienen que hacer acomodos oportunistas de sus programas, a la caza del elector despistado, indeciso o confuso, porque sus

José JIMENEZ BLANCO

* * *

(Continúa en página sig.)

Ideologías y partidos

(Viene de la pág. anterior)

votantes son un sector muy específico de la estructura social de España.

Sin embargo, como partidos organizados, estas tres ideologías se encuentran ante estas elecciones con un potencial electoral muy elevado, pero sin la burocracia que los convertiría en una gran coalición electoral, supuesto que la perfecta compatibilidad e incluso afinidad de las tres ideologías es cosa que no ofrece dudas. Por otra parte, la organización de la militancia, respecto de estas capas medias de la sociedad, tiene caracteres peculiares. Comulgan en estas ideologías, están dispuestas a votarlas y lo harán, pero no se espere de ellas que concurren a mítines verbeneros o cosas por el estilo. El tipo de propaganda típico de este electorado es, por ejemplo, el debate televisado o en la radio, las publicaciones y otros medios de propaganda más intelectualizados, de acuerdo con su nivel cultural, y no la apelación desmelenada, la violencia verbal o el criterio emocional. En este sentido creo que la Unión del Centro Democrático en esta campaña electoral no ha utilizado al máximo los procedimientos de propaganda política adaptados a su electorado potencial. Lección a aprender en el futuro.

PERO si lo que refiere a las ideologías está claro—o, al menos, a mí me lo parece, y tengo la impresión de no estar solo—, su organización como partidos con posibilidades de organizar una campaña electoral de captación de votos era mínima en esta ocasión. Las ayudas del exterior, sobre todo alemanas, han ido a otros sectores políticos, que, sin duda, han considerado más rentables. (Por ejemplo, en alguno de los partidos en que todo el mundo sabe que Alemania ha hecho una fuerte inversión, no se habla para nada de nacionalizar la industria farmacéutica, en que la presencia alemana en España—como es sabido—es muy importante. El Partido Democrático Popular, sin semejantes ayudas, ha podido permitirse el lujo de incluir en su programa la nacionalización de esa industria. El PDP forma parte de la UCD.)

El potencial electoral estaba muy claro, pero su conexión directa con su electorado resultaba difícil sin contar con los medios necesarios de una campaña electoral moderna. De ahí surgió la primera idea de crear el Centro Democrático: la de unir sus escasos recursos los partidos liberales, social-demócratas y demócratas cristianos, junto con el Partido Popular, que nació con una clara apelación al centro, a la que más tarde se fueron uniendo otras formaciones políticas y a la que, finalmente, dio forma definitiva la presentación del presidente Suárez, como candidato independiente, pero dentro de la nueva Unión de Centro Democrático. Todo este proceso de reunión de grupos afines y perfectamente compatibles ha sido el que ha hecho posible que las tres ideologías de partida robustezcan su presencia electoral y comparezcan ante los comicios como una coalición claramente identificable por el electorado, principalmente el electorado al que la Unión se dirige—las capas medias, mayoritarias, como ya he dicho antes—.

SE me dirá que la democracia cristiana o la social-demócratas no se encuentran sólo en la UCD. Lo cual es cierto. Pero no como partidos de centro, con pretensiones de derecha ni de izquierda. En esto hay que ser rotundo: ni el PCE, ni el PSOE, ni la Federación Democrática Cristiana, ni Alianza Popular, son partidos de centro, aunque—a conveniencia—así se quieran pre-

sentar en ocasiones. La Democracia Cristiana realista, en España, es un partido de centro, y el antiguo nombre de Izquierda Democrática de una de las formaciones de la Federación Democrática Cristiana no es sino un elemento más de confusión en un panorama electoral ya de por sí confuso. Las pretensiones de social democracia del PCE y del PSOE, cuando les conviene presentarse así (y no sería mal tema de análisis las diferencias del contenido de las intervenciones de estos partidos y afines en ideología, según se trate de hablar en televisión o en un mitin multitudinario: del radicalismo más rabioso a la moderación más comedida sólo median los focos y las cámaras de TV), no ofrecen credibilidad alguna. No hay más social-democracia que la que forma parte de la UCD, y nuestros vecinos de Europa, puestos a reconocer en sus internacionales a unas u otras formaciones españolas, más parecen haber considerado la rentabilidad de su inversión que el contenido de ideologías y programas. El tiempo dirá si la elección de este grupo o el otro estaba fundado en razones objetivas, y no en motivos espúreos.

La presencia de Suárez en la coalición—y esto es otro “contra” de los que se esgrimen—resta carácter inequívocamente democrático y no franquista al primitivo Centro Democrático. En esto hay que ser muy claro: 1.º Al haberse producido el proceso de cambio de régimen hacia la democracia por vía de reforma, y no de ruptura, hay que contar con los españoles que sirvieron al anterior régimen. 2.º Es exigible de éstos una sincera conversión a la democracia, cosa que Suárez ha demostrado con los hechos—tales como la ley de Reforma Política, el reconocimiento y la legalización de los partidos políticos, el reconocimiento y la legalización de las centrales sindicales libres, la amnistía, etc. Quien dude que esos hechos son creenciales de demócratismo, sencillamente mente. 3.º Si nos tenemos que creer que Fraga y Alianza Popular, Carrillo y el Partido Comunista, e incluso el PSOE, son demócratas, cuando su pasado dice exactamente lo contrario, no sé por qué no nos vamos a creer que Suárez y “los hombres del presidente” son demócratas. En España ha habido una transición hacia la democracia, masivamente manifestada en el referéndum del 15 de diciembre, y sólo el que quiera excluirse de este movimiento histórico de los españoles hacia la democracia—como un Blas Piñar—queda en entredicho en cuanto a demócratismo. Si una vez más queremos volver al triste, pero repetido episodio español, de las pruebas de “limpieza de sangre”, advierto que tengo un “dossier” sobre manifestaciones no-democráticas salidas de todas esas formaciones y líderes políticos, ahora “demócratas de toda la vida”. Del mismo modo que antifranquista no equivale necesariamente a democrático, tampoco el haber colaborado con el franquismo, sobre todo en sus últimas fases, en que se vivió en un clima de apertura—¿lo recuerdan?: hace muy poco tiempo—, equivale a no-democrático. Como nunca he colaborado en nada con el franquismo personalmente, puedo entender este proceso con toda objetividad. Hay mucha gente que, habiendo colaborado con Franco, en vida de éste, ya estaban claramente por la democracia. Suárez era uno de ellos, y lo mismo se puede decir de los llamados “hombres del presidente” en las listas electorales. La misma indulgencia que se aplican a sí mismos los otros totalitarios de todos los signos, apliquensela por coherencia a Suárez. Sin Suárez no estaríamos a punto de celebrar unas elecciones generales. De haber seguido el retórico camino de la ruptura—de la que, supongo, que por vergüenza ya no habla nadie—no nos encontraríamos en vísperas electorales.

José JIMENEZ BLANCO